

Entrevista a Juan Luis Hernández

La seguridad alimentaria, cada vez más lejos

Luis Carlos Díaz / José Virtuoso s.j.*



El experto agroindustrial nos da explicaciones sobre el aumento de precios en alimentos, su baja producción nacional y el dilema del desabastecimiento. Una serie de problemas que tienen sus raíces en la política, no en la tierra, y terminan en el mercado de una canasta cada vez más básica

Juan Luis Hernández acaba de editar con el Centro Gumilla un libro llamado *La agricultura en Venezuela*, así que sentarse a la mesa con él significa acercarse a los procesos productivos que concluyen en el plato. Él mismo advierte que habla de un sector más grande y complejo: el agroalimentario. Empieza en la producción de insumos, servicios y equipos para la agricultura y luego suma toda una cadena de valores hasta llegar al consumidor. Pero su eje más importante es que muchas veces esa orquesta productiva tiene su origen en los sectores más pobres del país, el campesinado, y sus efectos cuando se tambalea llega con más fuerza a los bolsillos de los sectores populares.

—¿Qué ha pasado en la subida de precios que llevamos en lo que va de año?

—Las cifras de abril de este año muestran que en el área metropolitana de Caracas hubo, sólo en ese mes, 5,2% de aumento en el índice general, pero fue 12,5% en alimentos. Esas son las variables más preocupantes de la inflación. Y esta escalada luego depende de tu nivel de ingresos, y ahí es donde me asusto, porque según la estratificación significa un aumento real de 3,6% de los costos generales para los más ricos, pero 8,4% para los más pobres. Eso es un golpe fuerte porque los más pobres gastan una proporción mayor de sus ingresos en comida. Y a esto hay que sumarle que el aumento real en los productos no regulados es de 34%. Por lo general uno va sintiendo los efectos de la inflación a largo plazo, pero con subidas como ésta de abril te das cuenta que de un día para otro se te acaban los reales.

—Además debemos sumarle el desabastecimiento. ¿A qué se lo debemos?

—Tenemos dos componentes. Por un lado es un círculo vicioso de regulación de precios, desabastecimiento y desacato de los precios oficiales. Esto arranca con una fijación de precios de parte del Ejecutivo que no tiene reglas, que no se sabe por qué, cómo ni cuando se hace. Primero empezó con los precios finales, pero luego, con la idea de lograr mayor control, intentó

fijarle precios a las cadenas productivas. Eso es muy difícil de hacer en cualquier economía, por lo tanto terminan siendo arbitrarias. Se asume una lógica malvada porque se desestimula la producción en algunas áreas que no reportan ganancias por el control, lo que genera desabastecimiento. La gente le saca el cuerpo a los productos que no dan. Pero lo peor es que se dan dinámicas de circuitos comerciales informales donde sí se consiguen cosas porque no hay acatamiento de precios. Eso tiene una dinámica que genera inseguridad alimentaria.

—¿Cómo construir entonces confianza y seguridad alimentaria?

—La seguridad alimentaria se da por dos razones: abastecimiento de productos y precios razonables. En 2007 tuvimos los peores de desabastecimiento, que luego fueron mejorados por las importaciones que se hicieron en 2008 y 2009. Justo en alimentos controlados se han dado los peores indicadores de escasez. En 2007 llegamos casi a 50% de escasez de productos. ¿Recuerdan el tema de la leche? En la medida en que un producto no ajusta su precio, empieza a ser desproporcionadamente barato y se deja de invertir en ese rubro o se genera un mercado negro. Una de las tragedias del control de precios es que no los controla.

—¿Quién alimenta el mercado negro? ¿Cómo se sostiene?

—Por fuente pública y desvío de productos, como los de Mercal y Pdval, o por fuente privada con mayoristas que compran y venden a altos precios. Esos desacatos tienen mil vías, porque igual como te exigen facturación, se hacía trampa con otros métodos. Quién tenía su sistema integrado de *producción-matadero-distribución*, por ejemplo, estaba a salvo porque en las partes del sistema donde perdía por las regulaciones, en otras los recuperaba. Sin embargo la gente que sólo trabaja un tramo de esa cadena, y que perdía por la falta de ajustes del Gobierno, tenía que hacer sus facturas a precio regulado, pero despachando menos kilos que los indicados, en acuerdo mutuo con el que los recibía. Fue el caso del pollo, y era la única forma de seguir vendiéndolo sin tirarse a la quiebra.

—Pero cuando un productor hace eso, ¿lo hace por sobrevivencia comercial o por un plan orquestado para desestabilizar el país?

—Yo sí creo que es supervivencia. Creo firmemente que hay especulación también. La racionalidad económica individual o colectiva es tratar

de vender al máximo precio posible, y eso viene de una lógica que es ética. Si yo vendo un bien por debajo de lo que la gente está dispuesta a pagar por él, entonces otro sí lo venderá a ese precio y sacará un beneficio que yo podría estar sacando para mí y mi familia. El combate real de la especulación no es la idea punitiva de que se trata de unos malos con colmillos sangrantes... no, se trata de crear condiciones para que esos precios no sean altos y abusivos. Por ejemplo, los precios de las casas no se controlan si no se han construido nuevas viviendas. Eso es clarísimo. Así fue que subió el precio del tomate.

Y continúa: “Tengo unas mediciones sobre ausencia de productos en Mercal. Resulta que en los mercados negros no hay mayor diferencia en la ausencia, pero sí tienes unos picos muy desordenados con Mercal, que significa esto de ¡llegó el pollo! y pum, se fue por otro lado. O que en vez de comprar sólo 2 pollos, metiste a tu familia para traerte más pollos a casa porque es mucho más barato que en el mercado privado. Entonces se tiene a los Mercales desabastecidos o con grados de ausencia de algunos de sus 17 productos”.

—Pero sin controles, sería un desastre igual o mayor.

—Creo que en un país como Venezuela no puede haber un sistema de no-control de precios, pero las fórmulas de control deben ser más racionales. Eso se ha discutido con el Gobierno. Pero el problema de desabastecimiento tiene un problema de fondo que es la oferta y demanda agrícola. Si la inflación general es de 5,2% y la de alimentos es 12%, las poblaciones que gastan más en alimentos están reventadas, porque hay más inflación para los pobres. Lo que ocasiona que los alimentos suban mucho más no es la margarina, ni el aceite ni el azúcar ni la harina precocida. Esto está determinado por los productos no procesados, los que el BCV llama agrícolas que son frutas, hortalizas, carne de bovino... La boca de caimán entre la inflación general y la de alimentos se debe a eso: el desestímulo tan grave a las políticas agrícolas, sobre todo con los productos que se consumen frescos, los que no puedes importar en un container.

—¿Qué pasa con lo que a pesar de todo no puede ser importado?

—Lo que explica por qué ha subido el precio es porque de 1998 a 2007 hubo un ligero aumento agrícola en la producción de cereales, con casi 70% de crecimiento que se debe al maíz

principalmente, pero en frutas caímos 42%, en hortalizas 6%, las raíces y tubérculos cayeron 14%, las oleaginosas también 14%, los cultivos tropicales como café, cacao y caña de azúcar cayeron 12%. Todo eso es la variación porcentual del valor de la producción per capita de la agricultura vegetal. Entonces se ha crecido en términos generales, pero hemos perdido riqueza y variedad de los productos. Con los productos agroindustriales, si tienes un déficit los puedes importar, pero la lechuga, el tomate, el pimentón y el cambur no es tan fácil montarlo en un barco y traértelo de otro país. Con el tomate hubo dos factores, uno fue el problema climático, pero a eso le debes sumar una falla en la política, donde faltaron semillas, fertilizantes y fumigantes a tiempo.

Hay un problema enorme de seguridad. Por ejemplo la caída de la producción de cambures se debe a la gran cantidad de robos. En los sembradíos de Aragua se ha dejado de sembrar cambur porque no hay forma de defender el terreno.

—¿Se trata de un problema estructural o un problema de coyuntura?

—Ambas cosas. Los problemas de inseguridad tienen que ver con la marginalización de los sectores pobres del país. Eso significa que ya no tienes un campesino que da su palabra, que cree en intercambio de iguales, sino que tienes a un jornalero marginal que agarra lo que puede. Ese fenómeno, que tiene muchos años y factores estructurales, viene de largo plazo. Así también hay problemas que no son fáciles de resolver, como la posición de Venezuela en el mercado internacional. No logramos articularnos a las nuevas posibilidades del agromercado global. De eso participa el mundo entero y nosotros no. En el pasado no había menos deficiencia. Cuando Chávez llegó, veníamos de caída desde finales de los ochenta. El proceso que empezó Pérez y continuó Caldera fue desastroso, pero lo que se hizo después no fue mejor.

—¿Podemos detallar lo de la marginalización del campesino?

—Estos años ha habido una gigantesca transferencia de recursos en sectores rurales y ciudades pequeñas, vía programas sociales, créditos y misiones.

—¿Entonces por qué la marginalización?

—Es un asunto cultural. La mitad de los que trabajan en agro se definen como empleados y obreros, otros se definen como trabajador por cuenta propia, que es lo que puedes llamar cam-

pesino y ya es minoritario. Sin embargo esas transferencias de recursos se tradujeron en gente que pasó de bicicleta a moto, de motoneta a carritos o taxis, en mejoras a las casas, o mejoras de vestido y calzado. Eso es un hecho real e importante. Lamentablemente, esas mejoras son difíciles de sostener en el tiempo porque no se ha producido un cambio cualitativo en la situación de los obreros agrícolas, que son la mayoría, y no se han producido opciones viables para que los pequeños productores se mantengan de forma autónoma. El desafío es ser capaz de generar empleo estable y bien remunerado en el campo, y en segundo lugar, sistemas de producción viables para pequeños productores. Esto tiene implicaciones electorales también. En esos núcleos urbanos con menos de 20mil personas es que está un millón cuatrocientos mil votos duros de Chávez, por esa transferencia de recursos.

—¿Va a mejorar la situación?

—De lejos nos vemos mal, pero de cerca parece peor. Hasta el funcionario más chavista te diría que hay una falta de planificación y un cambio de rutas constante. Eso es un problema. Cualquiera funcionario podrá decir: "Estamos importando más que nunca, no se ve mucho desarrollo, y si bajo a la bodega abajo de mi casa resulta que no hay harina y azúcar. Algo está pasando". Ese algo es lo que falta que se sincere.

* Miembros del Consejo de Redacción de SIC.